

EL ÍDOLO

A Carme Riera

ÍDOLO: figura de una falsa deidad, a la que se da adoración. (Del Diccionario de la Real Academia Española.)

Para jóvenes de los cinco continentes, Mike Blackwhite era el demiurgo indiscutible, el redentor de sus ansias, el mesías de su efímero camino existencial, el surtidor de su mística, el activador de todas sus potencias, su guía espiritual. Le alimentaban de entusiasmos enloquecidos, le nutrían de amores torrenciales, habían apresado a su ídolo en una perfecta redoma de éxitos

Pósters, carteles, camisetas, pegatinas, elepés, compactos... La existencia, como un juego de espejos, le devolvía a Blackwhite su propia imagen a cada paso, a cada recodo de su andadura. Cuando actuaba, la propia muralla humana de sus adoradores oficiaba como un espejo más que amplificaba su imagen hasta el infinito.

Tenía que protegerse de las efusiones corporales, que le amenazaban como un alud en primavera. Las secreciones y excreciones emocionales de la sauna – baño de masas, le envolvían como una mágica inmersión lustral aromatizada por miles de pebeteros axilares. Apoteosis, delirios, desmayos, histerismos, gritos femeninos reclamando un hijo suyo, quizás por la curiosidad de parir un feto de impar fisonomía. Los hombres, menos ambiciosos en este punto, se conformaban con la devoción y el éxtasis.

Blackwhite lo poseía todo. El mundo entero le pedía la limosna millonaria de una visita, de una gira, de una gala, de una representación, de una aparición, de una transfiguración.

Pero llegó un día en que la masa del triunfo amenazó aplastarlo. Al salir del estadio, equivocó el camino secreto y protegido, y de pronto se encontró rodeado, acorralado por un crescendo de devociones destructivas. El alud.

Aquello no era pedir autógrafos, era una acometida devoradora, engullente, un canibalismo ritual. El afecto se atropellaba como la ira. Le zarandeaban, besaban, le arrancaban

botones, pedazos de ropa, un zapato. Iban a repartírselo como el cuerpo de un santo medieval. Sintió pánico. Creyó morir.

Por fortuna llegaron los guardaefigies, y a mamporro limpio detuvieron aquel delirio colectivo, aquella destructora actividad devocional.

Llegó a su casa roto, desastrado, dolorido, tembloroso. Cerró la puerta con su complejo sistema de seguridad. Acompasó la respiración. Trató de relajarse...

- ¡Qué nadie me moleste!

Y fervoroso y agradecido, se retiró a su oratorio privado. Necesitaba paz, meditación, sosiego, fortalecer su espíritu, elevar el alma, entregarse a los influjos benefactores de la gracia.

Cerró con llave. Y avanzó, respetuoso, hasta un pequeño altar. Prendió dos gruesos cirios rojos. Encendió el incensario, cuyas nubecillas embalsamadas y exóticas, después de envolverlo, se elevaban a los cielos.

Se arrodilló en un reclinatorio. Y, humilde en su grandeza, oró ante una gran imagen de sí mismo.